

por sí sola, la fe sin las obras es insuficiente para que podamos justificarnos delante de Dios; que es de todo punto necesario que esa fe sea viva, animada por la caridad y por las buenas obras. Porque «¿quién será saludablemente fiel, dice S. Agustin, sino por aquella fe que obra por la caridad? *quis salubriter fidelis nisi ea fide, quæ per dilectionem operatur?*

¡En qué error pues tan grosero como lamentable viven todos aquellos que llamándose católicos, que teniendo la fe de la Iglesia católica, viven como si no lo fueran y como si no profesaran esa fe sobrenatural! Porque en nuestros días, A. H. M., bien lo sabéis, el catolicismo de muchos consiste en decir que profesan esta religion santísima para no segregarse, al menos en la apariencia, de la inmensa muchedumbre de los españoles; ó cuando mas consiste en conservar, siquiera sea aparentemente, algo de respeto por alguno de sus dogmas, pero flaqueando en otros, particularmente en aquellos que se relacionan con las costumbres, como si Jesucristo que manda creer y obrar se hubiera dividido. De aquí es que si hubiéramos de apreciar la fe de esos hombres por sus obras, tendríamos derecho á pensar que la mayor parte de ellos nada creen respecto á los juicios de Dios, nada de su odio á la iniquidad, nada de los castigos que reserva para los pecadores, nada de la necesidad de los sacramentos, nada de la autoridad de la Iglesia, nada de lo que contradice sus preocupaciones, sus gustos, y el interés de sus pasiones, pues tan depravada es su conducta contrariando todos estos principios que fielmente respetan los verdaderos católicos, los cristianos de fe práctica, y conforme á ellos arreglan sus actos y su vida toda. El catolicismo de esos hombres desgraciados está basado seguramente en un evangelio diferente del Evangelio de Jesucristo, que no solamente dispensa de la paciencia en el trabajo, de la resignacion en la pobreza, de la probidad en el comercio, de la caridad,

de la equidad, del pudor, de las virtudes y de las buenas obras, sino que promete indulgencia á todos los vicios, á todos los desórdenes, á todos los excesos, y una muerte sin remordimientos despues de una vida grandemente licenciosa; y todo esto llamándose católicos y diciendo que tienen la fe del catolicismo. ¡Lamentable alucinamiento que los lleva á creer que «puede haber armonía entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la iniquidad, entre Cristo y Beliad!»

La necesidad imperiosa de hermanar las buenas obras con la fe cristiana, se desprende de la voluntad espresa de nuestro Dios que se nos ha manifestado por su Hijo divino Jesus con estas palabras que leemos en S. Mateo: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.» Y S. Hilario esplicando estas palabras nos ha dicho: «Para hacernos dignos de hallar el camino del cielo es necesario cumplir en todo la voluntad del Señor guardando sus preceptos.» En otro lugar nuestro divino Maestro decia á sus discípulos: «Yo os he puesto para que lleveis fruto, y vuestro fruto permanezca:» *et fructus vester maneat*; y sus amenazas á aquellos que omiten la práctica de las buenas obras bien se dejan entender cuando dice: «Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es labrador; todo sarmiento que no diere fruto en mi lo quitará» para quemarlo: *omnem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum.*

Mas como si no fuera bastante la voluntad de nuestro Dios para empeñarnos á practicar el bien de acuerdo con la fe tenemos tambien nuestro propio interés en hacerlo así. ¡Ah! ¿quién ignora que el Apóstol ha dicho que «Dios retribuirá á cada uno segun sus obras» y que se dará «gloria, y honra, y paz á todo obrador del bien?» *¿gloria autem, et honor, et pax omni operanti bonum?* ¿Quién ha podido olvi-

dar que «por las obras es justificado el hombre, y no por la fe solamente?» *ex operibus justificatur homo, et non ex fide tantum?* ¿Quién no se alentará al recordar estas palabras del príncipe de los apóstoles que nos inspiran tan grande confianza en nuestra salvación?: «Sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocación y elección por las buenas obras» *satagite ut per bona opera vestram vocationem et electionem faciatis.*

Pero tened en cuenta, A. M., que esas buenas obras procedan de un corazón bueno también, es decir, de un corazón que no esté muerto por el pecado mortal, de un corazón vivo por la gracia santificante; porque de otra manera serían muertas, y siéndolo no pueden merecer la recompensa eterna; toda vez que está escrito «que el árbol malo no puede producir frutos buenos.» No olvidad que esas obras sean buenas bajo todos aspectos, á fin de que sean meritorias para la vida eterna; buenas en su principio, procediendo de la inspiración santísima de la gracia; buenas en sus motivos, por el movimiento de alguna virtud sobrenatural, y sobre todo por la moción sublime de la caridad, siguiendo el precepto de San Pablo: «Todas vuestras cosas sean hechas en caridad,» *omnia vestra in charitate fiant*; buenas por su fin, que debe ser Dios, su honor y su gloria, ora mediata, ora inmediatamente, como nos recomienda ese mismo apóstol con estas palabras: «Si comeis, ó si bebeis, ó haceis cualquiera otra cosa hacedlo todo á gloria de Dios: *omnia in gloriam Dei facile.*

Que así suceda, A. H. M., para vuestra felicidad temporal y eterna, no olvidando jamás el cumplimiento de la obligación imprescindible que teneis de aprender las verdades de la fe, que nos enseña la Iglesia católica en que hemos tenido la dicha de nacer, ya atendiendo á nuestra dignidad de hombres, dignidad que la fe enaltece, ya á nuestra misión sobre la tierra que no es otra que conocer, servir y amar á

Dios, fines importantísimos que la fe nos enseña, y nos facilita. Pero además alimentad esa fe sagrada con las obras, porque ella por sí sola es insuficiente para nuestra salvación; así como secundada con las obras buenas nos justifica en la presencia de Dios, y nos procura la dicha imperecedera de los cielos. Recordad la conducta admirable de María nuestra Madre y nuestro modelo en esta como en las demás virtudes, y seguidla atentamente y sin vacilar seguros de alcanzar las bienaventuranzas eternas; *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* «La fe es en cierto modo como el fuego, ha dicho un escritor; y así como este se extingue si no se le suministra combustible, así también se extinguiría la fe si no se conservase con las obras. Haced á menudo actos de fe, pero hacedlos con verdadero espíritu de fe, es decir, con fe viva, firme y eficaz. Haced continuos actos, pero siempre con atención, con afección y respeto, y decid más bien de corazón que de boca. «Creo, Señor, ayuda mi incredulidad» supla tu bondad lo que falta á mi fe: *credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* Y el Señor que ha dicho que «todas las cosas son posibles para el verdadero creyente» os ayudará en el ejercicio de esta virtud, movido muy singularmente de los ruegos de María para que practiquéis las santas obras que la fe nos inspira, y con esta Señora podamos algún día, evacuada la fe, verle cara á cara en el cielo y cantar sus alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.